

El Valor fundamento y expresión de la libertad

La libertad es una dimensión de la voluntad cuya raíz tanto como la de ésta descansa en último término en el espíritu. La libertad no tiene como asiento el ser psicosomático humano, sino el espíritu directamente.

Es, por tanto, desde el espíritu desde donde cobra inteligibilidad tanto el problema de la libertad como el de la voluntad.

Ahora bien, el espíritu está instalado en el ser y en él ha sido liberado y abierto al horizonte ilimitado y flexible de la inteligibilidad y por ello también de la valiosidad que se ciñó a la integridad. La voluntad y con ella su dimensión más característica de la libertad también está liberada y se mueve en el campo transcendental indeterminado e ilimitado del ser.

Y porque se mueve en el indeterminado y transcendental ser puede oscilar entre los entes que son o entre las situaciones entitativas. La transcendentalización del espíritu explica luego la posición autónoma de la libertad como poder de determinarse por propia decisión. Ello supone también que en la apertura del ser se ha abierto hueco la conciencia de la propia mismidad para flexionar sobre sí y dialogar consigo mismo y organizarse y decidirse desde sí mismo. La libertad tiene así en su raíz el diálogo del espíritu consigo mismo.

El hecho de que el espíritu se instala en el ser y está abierto al ser y puede moverse en él y flexionarse sobre sí mismo posibilita también los movimientos varios de la libertad. Sin esta flexión sobre la mismidad no habrá tampoco decisión de sí mismo, desde sí mismo.

La apertura al ser del espíritu es una apertura a un horizonte, no sólo transcendente sino de transcendentalidad en el sentido de que el ser es una noción transcendente abarcadora de todo cuanto es penetrativa de toda razón de entidad y embebida en ella. Señala así el horizonte máximo de la apertura posible del espíritu.

De ahí que el espíritu está como emergido de la materia y de las condiciones limitativas trascendido de la concreción y de las circunstancias empíricas, abierto más allá de las condiciones sicoso-

máticas. Se instala en el ser y se ha abierto hueco en él y sus manifestaciones más genuinas son posibles desde el ser. La libertad como característica que es del espíritu no está atada por las condiciones de una realidad física y empírica navega también dentro del ser que en este caso cobra la forma del bien o del valor. La emergencia no es en este caso al ser como tal, sino al valor. Y en el ser y en el valor puede también el espíritu como transcendentalizado flexionar sobre sí mismo.

El espíritu está transcendido sobre la propia vida y la puede guiar siendo por delante de sí para calcular cómo organizarle y modularla. De esta suerte la función de la libertad es el construirse a sí mismo por propia decisión y desde sí mismo contando con los valores que promuevan nuestro acrecentamiento y perfección.

Y puesto que el espíritu está instalado en el ser y transcendido en él, puede obrar desde sí mismo, contar consigo mismo, determinar su modo de obrar desde el centro de él y ese es el modo característico de la libertad. Ni la inteligencia ni la libertad si no se moviesen en la apertura del ser no se podrían doblar sobre sí ni recalar sobre el sí mismo, pues estarían como fijados en el ser particular. La libertad se instala así en el centro del juego del espíritu, en la promoción de sí mismo y de los valores que la determinan. La libertad por ser un modo de la actuación de la voluntad como apertura del espíritu al ser bajo el aspecto transcendental del valor, también ella se inscribe en la apertura al ser y a sus envolturas transcendentales de la verdad y del valor. La libertad no es, pues, pura indeterminación, sino un poder al que impulsa y mueve desde su fondo el valor en el cual está constituída la voluntad.

La libertad no puede desenraizarse de la voluntad porque es una dimensión suya, pues no puede tampoco convertirse con su impulso primario constitutivo so pena de dejar de ser. Y la libertad es una posibilidad que el hombre tiene para ser libre, pero no para no ser libre.

Es decir, que la libertad no tiene poder para no ser libre. El poder de la libertad es un poder formalizador del impulso mismo natural de la voluntad «ut natura» como apetito general del valor y que, por lo tanto, se cualifica bajo este punto de vista.

La libertad se establece sobre el querer fundamental de naturaleza de la apetición volitiva e instaura en ella su modo peculiar de querer como un querer autónomo. La libertad introduce así un apreciar y un querer el valor en él que lo queremos por propia decisión. Es decir, que la voluntad mediante la opción de los valores que se le ofrecen objetivamente, se modula sobre un querer fundamental para determinar autónomamente lo que queremos et hure. La autonomía del querer no se quiebra así por el ofrecimiento objetivo de los valores a la voluntad libre, sino que ella los decide desde sí misma en su realización abrazándose a ellos o repudiándolos. Las tomas de posición de la opción, aceptación o repudio de los valores, son carac-

terísticas de la libertad, así como las de su realización, posición o promoción.

Así se explica como la voluntad, como voluntad queriente, es decir, como apetito racional, es una petición actual general y se establece como apertura a la objetividad transcendental del valor querido en general, pero permanentemente como forma determinante de la misma apetición volitiva en su constitución.

En esta prosecución habitual y de estado del valor, está comprometida en su raíz la voluntad queriente, en la cual se modalizan los actos de la libertad expresivos de los valores o contravalores que realiza.

Al determinarnos nos determinamos sobre el querer fundamental y por ello si bien la libertad es un acto de decisión, éste se lleva sobre una previa estimación.

No hay acto de libertad sin un querer que lo promueva y este comporta una estimación y entrega amorosa.

Si bien la libertad viene inserta en un proceso cognoscitivo-volitivo, lo propio de ella como Gerencia es la opción del valor.

Si a veces podemos determinarnos incluso sobre nuestro querer, es sobre el fondo de otro querer, es decir, porque hemos querido determinarnos a aquellos. El poder elegir incluso sobre nuestro querer, hace que la opción de la libertad sea promovida desde nuestro ser personal.

Los que somos libres, somos nosotros mismos, y los que nos decidimos por ello y comprometemos en la acción libre que enmarca por ello desde nuestro ser personal.

Sin embargo, ser libre no es elegir ser libre, sino que se elige porque se es libre radicando precisamente en esta opción llevada desde nuestro ser personal la libertad.

Si la función libre no tuviera una raíz personal, no le atañería ni el refluir reflexivamente sobre nosotros mismos ni el promover la perfección y el acrecentamiento de nuestro ser personal en lo que tiene de más íntimo y espiritual.

Tanto la voluntad como su dimensión de la libertad, dimanar del espíritu del que reciben su «virtus» y por el cual son un poder para la promoción de los valores.

La intencionalidad fundamental de la voluntad es valoral y apunta a la apetición y procesación del valor transcendental en toda su amplitud. Sobre este cauce amplísimo y transcendido de apertura valoral, la opción libre representa una decisión que ha sido tomada para algo, es decir, en orden a algún valor.

De esta suerte la libertad tiene un sentido eminentemente cualitativo y no el de una mera energía o vis indiferenciada. En la decisión libre el hombre tiene dominio de sí mismo, es decir, de su acto, pero es para algo. Si lo característico de la libertad es la decisión y la opción aun etimológicamente hablando, si se opta por una cosa de acción, es porque se la prefiere a otra.

Y lo característico del preferir y de haber puesto en obra la preferencia, es precisamente haber entrado en juego una decisión valoral.

La opción libre se verifica en torno de una materia u objeto de elección que tiene que ofrecerse en la tensión de una alternativa bipolar. Si la elección de la causalidad libre se redujera a un solo término y este estuviera determinado, se confundiría con una vis o fuerza física sin la impronta personal que comporta.

En la opción se juega una opción contradictoria, es decir, entre una afirmación o negación puesta por la decisión de pronunciarse por la acción o inhibirse de ella y una opción contraria cualitativa y bipolar de elegir un valor o su contrario.

Hay en la opción una ruptura de la indiferencia característica del valor. Algo se prefiere, algo no sólo se desea sino que se realiza principalmente en el sentido de la alternancia bipolar propia y característica del valor.

En la opción los objetos producen atracciones o repulsiones, mas no está en ellos el centro exclusivo de la propia impulsión, pues no se rompe la autonomía del pronunciarse libre.

La preferencia ante la que se pronuncia la libertad no es meramente estimativa sino activa. Con ello se quiere decir que la toma de posición que el acto libre ejercita frente al valor no es ambivalente del que verifica el conocimiento estimativo o valoral. En este caso es productivo del valor. Y la toma de posición estimativa es la actitud y la opción de la libertad para decidir sobre el valor.

La libertad decide sobre el valor, sobre su realización. De esta suerte el acto libre representa un poder formalizador configurador y cualitativo en cuyo transcurso se compromete la persona misma. La opción libre es, pues, una opción cualitativa y valoral entre alternativas frecuentemente contrarias propias precisamente de la polaridad cualitativa del valor. Si la libertad no fuese toma de posición ante la opción del valor y su producción se confundiría con una mera vis o energía física. Mas su significación personal y específica aflora a un mundo enteramente nuevo y humano en el que realiza la promoción del valor. Promover valores es la función cualitativa y específica de la libertad. El fondo de la libertad no es, pues, como se ha creído erróneamente el indeterminismo vacuo, sino el poder activo determinativo y propulsor del valor.

Así se explica que la libertad y su dialéctica activa esté presidida por fines e intenciones y por cualidades valores de suerte que lo que decide es lo que quiere. El decidir su propio querer en las tomas de posición del valor nos muestra hasta qué honduras el «motus» de su opción cualitativa y amorosa nace de ella misma. Así la libertad es vis ab intrínseco de carácter cualitativo y formalizador y «causa sui», esto es, de su decisión libre. Lo que ella pone, nace de ella, encarada a los valores que le son propuestos objetivamente y que ella realiza.

Lo que la libertad opta es en orden al valor. En la opción libre va así implicada la estimación o valoración. La alternativa que

necesariamente se ofrece a la libertad y sin la cual no hay opción, es de carácter valioso. Se le ofrece dentro de una contraria polaridad propia del valor que también se escinde en valiosidad y disvaliosidad. Y en esta alternativa y en el sentido personal y profundo en el que están comprometidas las opciones de la libertad se aprecia su interior y hondo dramatismo.

RESUMEN

La presente comunicación abarca en su formulación dos enunciados. Primeramente se trata de mostrar cómo el valor está en el fondo de la dialéctica de la libertad e impulsa sus opciones libres. En segundo lugar se quiere hacer ver cómo la libertad impulsada por una apetición fundamental del valor en que consiste el propio movimiento de la voluntad, ut natura se pronuncia prefiriendo unos valores a otros ut voluntas libera. Es decir, expresando ella misma valores. De esta suerte el valor es expresión de la libertad cuyas opciones son opciones valorativas.

En el primer punto se estudian cuáles son las condiciones de posibilidad para que un valor de fondo pueda estimular o impulsar la dialéctica de la libertad como promotora de valores sobre los cuales ella primeramente marca sus preferencias determinando luego sus correspondientes intencionalidades y finalmente la expresión o realización de los mismos.

La primera condición de la posibilidad de la dialéctica de la libertad propulsora de valores es la apertura fundamental del espíritu al ser bajo la forma de valor y que determina la apetencia volitiva abierta sobre un horizonte valoral transcendental e ilimitado. El espíritu como instalado en el ser y en él liberado de las limitaciones concretizantes, está abierto al horizonte ilimitado y flexible de la inteligibilidad y por ello en nuestro caso también de la valiosidad. Con ello la libertad también ha sido liberada y su movimiento dialéctico podrá moverse en el campo transcendental indeterminado e ilimitado del ser. Esta transcendentalización y liberación radical y constitutiva, explica la posición autónoma de la libertad como poder de determinarse por propia decisión. La libertad no es una mera capacidad indiferente de exención sino un poder de decisión para y por. El «para» señala la intencionalidad que mueve su acción, el «por» el valor que promueve y realiza.

La transcendentalización y liberación del espíritu como apertura al ser también transcendental y liberado de las situaciones concretizantes, hacen que la libertad no esté tampoco atada determinativamente a las condiciones de una realidad física y empírica sino que su dialéctica se abre hueco dentro del ser bajo la forma de valor. Y es en el ser y en el valor precisamente por su condición transcendida y no limitada y cerrada donde puede flexionar y marcar sus opciones abandonando una dirección selectiva y pronunciándose en el sentido

de la contraria marcando con ello las directrices contrarias de la popularidad valoral. Si la libertad no se moviese en la apertura del ser, no se podría doblar sobre sí ni recalar sobre sí para arrancar reflexivamente el impulso de la opción desde sí mismo. La libertad se establece sobre el querer fundamental de naturaleza de la apetición volitiva e instaura en ella su modo peculiar de querer como un querer autónomo. La libertad introduce así un preferir activo y un querer el valor en el que lo queremos por propia decisión. Y así las tomas características de posición de la opción libre, es decir, la aceptación o el repudio así como las de su realización, posición o promoción como las de la inhibición, tienen carácter valoral. Además de un sentido valoral la opción libre viene cargada de un sentido personal. En la decisión libre el hombre tiene dominio de sí mismo, es decir de su acto, pero es para algo.

No puede darse opción que no sea una opción de algo, es decir, donde una cosa se prefiere a otra. Y lo característico de la preferencia es precisamente el anteponer un valor a otro.

En la dialéctica fundamental de la opción libre podemos descubrir tres momentos fundamentales. Primeramente toma de posición de preferencia del valor, en segundo lugar intencionalidad decisiva de los valores que han sido ofrecidos y seleccionados y por último realización activa del valor. Así siendo el valor como enuncia el título de este trabajo el fundamento y motor de la opción libre, es sin embargo por ella por la que luego se realizan los valores específicos modulados sobre el fondo de un querer fundamental que es el querer del *bonum ut sic*. O sea, que la *voluntas ut libera* realizadora de valores elegidos libremente se modaliza sobre la *voluntas ut natura* cuya apetición radical e impulso de naturaleza es la tendencia general y absoluta al valor transcendental y sin límites.

JOSÉ IGNACIO DE ALCORTA

Catedrático de la Universidad
de Barcelona